

Barbarie y canibalismo en la retórica colonial: los indios Pijaos de fray Pedro Simón

ALVARO FÉLIX BOLAÑOS

CERC, BOGOTÁ, 1994

Esta obra se agrega a la escasa bibliografía colombiana sobre los cronistas de los siglos XVI, XVII y XVIII. Se trata de un libro crítico de la tercera parte de las Noticias Historiales de Simón, dedicada ante todo a la lucha de pacificación de los Pijao y ostenta el mérito de que se sale de la línea tradicional del encomio muchas veces exagerado, sin caer tampoco en el dictorio por mentiroso el autor, o por ser cómplice de las masacres de los conquistadores. De ninguna manera. Bolaños hace un esfuerzo por explicar los motivos que tuvo Pedro Simón para caracterizar a los Pijao y para presentarlos como dignos de exterminio. Así mismo, explora las atribuciones de antropófagos recaídas sobre ellos y otros grupos indígenas presentes a la llegada de los europeos en el siglo XVI.

Bolaños también muestra marcado interés en demostrar que muchos de los criterios hispanistas y por tanto antiindígenas originados por los discursos coloniales de los cronistas continúan vigentes en buena parte de historiógrafos recientes y que lamentablemente esa visión eurocentrista y etnocida es la que ha penetrado en la mayor parte de los colombianos. Cita como ejemplo de esto la matanza de los Cuiba ocurrida hace unas tres décadas donde uno de los criminales adujo reiteradamente que a él le habían enseñado que matar indios no era delito ni pecado.

Bolaños no es historiador ni su trabajo es estrictamente de historiografía. Aunque sí

maneja hechos y textos de tal naturaleza, su tarea primordial se relaciona —a mi modo de ver— con la creación textual en la colonia. Ve a Simón como agente del orden estatal imperialista y expansionista que alega la obligación que tiene de evitar el olvido para las generaciones del porvenir, de los hechos gloriosos de los conquistadores. Sin embargo, Bolaños coloca a Pedro Simón como representante de una tendencia nociva que tendía a desconocer al otro en beneficio del español, de la Corona y en últimas de Occidente.

Aunque el autor de la obra reseñada aquí, está lejos de ser perpetuador de la Leyenda Negra, comete lo que yo llamaría error de ingenuidad al esperar que en el siglo XVII un europeo, español o no, a excepción de unos cuantos frailes de la escuela de Las Casas y eso no del todo, pudieran renunciar a los valores de su tiempo. A través de la obra, en diversas ocasiones le censura a Simón el reproducir las valoraciones conceptuales peyorativas hacia los Pijao y el indio americano en general. De otro lado, propone que los juicios actuales contra los Pijao son «el perdurable legado de Simón» (p. 25), lo cual es por lo menos exagerado, pues de no haber sido este franciscano el cronista de la lucha contra los Pijao, cualquier otro español que la hubiera relatado a comienzos del XVII, en calidad de cronista, habría transmitido una similar imagen. Simón no forjó la ideología, más bien fue producto de la misma como en otros lugares lo reconoce el autor.

En el mismo orden de ideas, tampoco puede estar de acuerdo con el señalamiento hecho en el libro, según el cual los cargos administrativos ocupados por Fray Pedro fueron razón, casi única en el texto, para que este cronista desarrollara un gran desdén por el indio americano. Si así fuera, los soldados y capitanes españoles de la Conquista y los encomenderos por estar en contacto cercano con el nativo americano, habrían desplegado actitud de atención y preocupación por ese indígena, y la historia nos ha mostrado que la tendencia no era siempre esa. Más bien al contrario. Luego la

idea de los cargos administrativos, sostenida también por Friede en nada ayuda a entender la actitud etnocéntrica de Simón.

La reiterada crítica a la intolerancia y arrogancia eurocentristas de la época hace pensar que el autor supusiera que había otra alternativa posible formada socialmente y que quizá con propósitos poco edificantes los españoles la mantenían oculta. Bien sabido es que los loables ideales de Montesinos, Las Casas y otros frailes indigenistas no tuvieron el eco esperado por ellos ni se pueden considerar representativos de la sociedad española del siglo XVI. Por tanto, menos posible pedir a los cronistas y al franciscano Simón en particular que fuera relativista como cualquier antropólogo de fines de estos noventa, que maneja críticamente el concepto alteridad y que obra contrariamente a la herencia mitológica europea que el autor de la obra demuestra idóneamente que pesó sobre los relatos fantásticos de las crónicas. Entonces, la manida división entre lo bueno europeo y lo malo americano tenía toda la razón —debido a múltiples factores que el autor trata— para ser popular y exitosa. Sin embargo, Alvaro Félix Bolaños tiende a olvidar ese mismo peso que él ha documentado.

De todos modos, esta obra no cae en la tendencia continuadora de la Leyenda Negra. Ni siquiera lo pretende. Trata de ver cómo se formaron los juicios antipijao y antiindígenas en general para explicarse el proceso creativo de una crónica específica. Dentro de esa explicación repite muchas veces que el resultado fue la dicotomía formulada entre lo español y lo indígena, atribuyendo valores positivos a lo primero y negativos a lo segundo. Y ese resultado lo critica no a la luz de valores formados en la época de la escritura, sino desarrollados mucho más tarde, es decir, extemporáneos.

En ese mismo sentido, la anterior acotación puede hacérsele a Juan Friede, cuyos juicios sobre la obra de fray Pedro son anteriores a los de Bolaños y van en la misma dirección.

Aparte de esto, el autor reseñado aquí hace un minucioso análisis de las menciones de antropofagia contenidas en crónicas y en versiones de informantes comprometidos en la lucha contra los Pijao y pone de presente lo difícil que es hallar testimonios directos de constancia ocular sobre dicha práctica. Abundan las referencias a haber oído, a que es conocido, e inferencias en general. Ese manejo de la información resulta meritorio en la obra pues además del examen riguroso de los textos no opta por caminos radicales negando el canibalismo, al estilo de Arens, de manera rotunda, sino que con serenidad metodológica expone las debilidades de los juicios de fray Pedro que los convierten en exageraciones y generalizaciones no muy fundamentadas. En este aspecto del canibalismo el autor también destaca la condición nefasta que las crónicas en general atribuyen a los Pijao y otros grupos, dentro de la cual no sólo ocurre esa costumbre, sino además la sodomía, el asesinato y una muy notable caracterización de afeminamiento que resulta importante para ser contrastada con la hombría y valentía de los soldados de España. Esos son aspectos brillantes del trabajo de Bolaños, indudablemente.

El estudio del canibalismo es de por sí bastante complejo. Sería muy interesante poder tener en cuenta la perspectiva arqueológica al respecto, pues el libro la ignora por completo. Si es escasa, al menos hacerlo constar sería conveniente para ilustrar que esta fuente científica también puede aportar argumentos importantes en la descripción y explicación de tal institución.

Así mismo, valdría la pena ahondar en la distinción entre el canibalismo (si existió) cometido entre indígenas antes de la llegada de los españoles y el dirigido a éstos a partir del siglo XVI, pues este análisis puede develar muchos conceptos culturales ilustrativos de la cosmovisión de los Pijao.

El libro de Alvaro Bolaños contribuye a entender bastante de la ideología española presente en la Conquista. Así es como presenta el

ideal caballeresco con sus atributos inherentes de nobleza, honor y valentía, característico de militares como Miguel Bocanegra, quien preliminarmente emprende campañas contra los Pijao. Luego tal ideal queda relegada a un segundo plano en el caso de Juan de Borja quien enarbola el estandarte de la causa justa con respaldo oficial de la Corona. Ya no hay contemplaciones ni reconocimientos a los enemigos, como en el primer caso. Cualquier recurso es admitido y las crueldades, como el empleo de perros carniceros, son privilegiadas como acciones. El ideal caballeresco incluso llega a proyectarse en la obra de Simón a adalides Pijao como Calarcá quien es reputado de valiente asombroso en la lucha.

Vale la pena detenerse un poco antes de terminar en una hipótesis de trabajo que el libro insinúa pero no desarrolla. El uso de perros carniceros pudo forjar en los Pijao la imagen del español caníbal y contribuir en alguna medida

a ideaciones que estimularan esta práctica contra los invasores.

Hay dos pequeñas cosas que valdría la pena aclarar en últimas: Una se refiere a que el «no matar» es el quinto y no sexto mandamiento, como anota el autor. La otra es que los Pijao y los indígenas en general no pueden considerarse mayoría étnica, sino al contrario, minoría, pues lo que prima en la determinación de tal concepto no es la cantidad de personas sino la inferioridad en el acceso al poder.

Podríamos concluir que esta obra de Alvaro F. Bolaños abre caminos muy interesantes para el análisis de las crónicas de los siglos XVI y XVII y para entender más a profundidad las relaciones interétnicas de la Conquista, especialmente desde la perspectiva de los dominadores, lo cual casi no se ha estudiado.

Jorge Morales

Adpostal es el Correo
de Colombia porque somos
todo lo que usted puede desear...

¡Descúbralo!

Adpostal



Tel.: 9800-15525

Cuente con nosotros
Hay que creer en los Correos de Colombia

Carátula: Pectoral alado muisca procedente de Guatavita. Sobre las alas y las cabezas del ave se ve una «cadena» de chamanes que sugiere el modelo descrito por Osborn para los U'wa. Dim. 21 x 22,5 cm. MO 1253.

Contratapa: Recipiente Muisca. Foto Rudolf.